

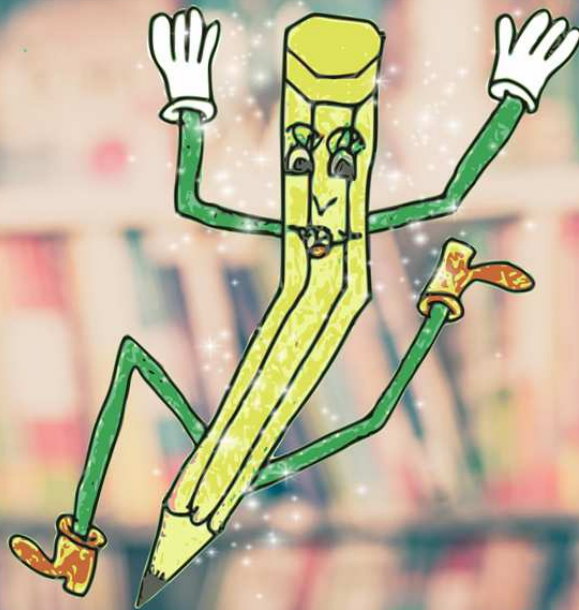
El lapicero Verdecillo

EL LAPICERO VERDECILLO

Érase que se era, y no me lo ha contado mi abuela, una gran caja de madera, en la que vivían un montón de lapiceros de distintos colores, uno rojo, otro azul, el otro amarillo, negro, rosa, y muchos, muchos más, de otros muchos colores.

Les gustaba estar siempre muy ordenados, rectos, muy rectos, ¡como una vela!, preparados para el momento en el que alguien abriera la caja y así poder ver el mundo exterior.

Uno de ellos, era de un color muy especial. Era verde, pero no un verde

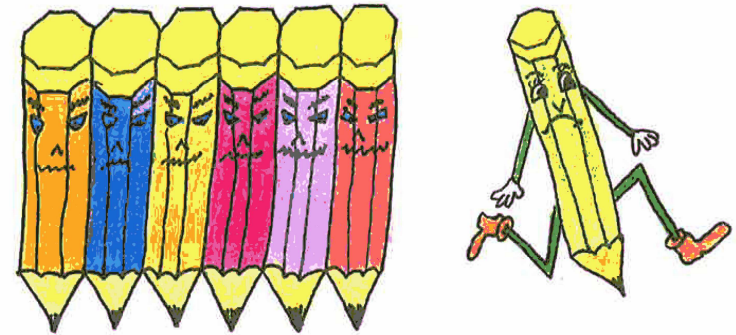


Laura Negueruela Hernaiz

tipo lapicero, ¡no! Era de un verde como el de la hierba fresca en un amanecer de verano, cuando ha llovido mucho por la noche y sale el sol. Brillaba, brillaba mucho.

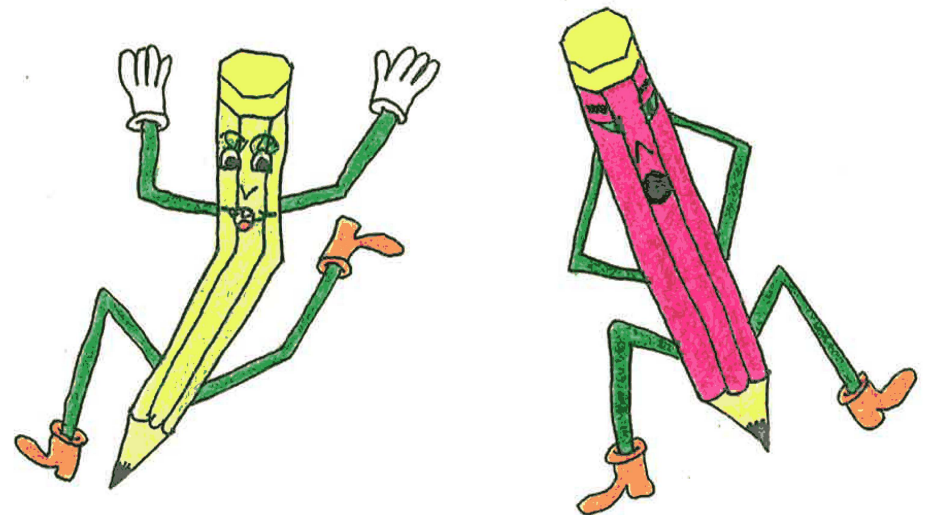


Había algo en él que le hacía brillar de una manera muy especial. Era su alegría. No podría parar quieto. Nunca pudo estar recto y ordenado como sus otros compañeros de la caja de madera. Así que siempre se enfadaban con él.



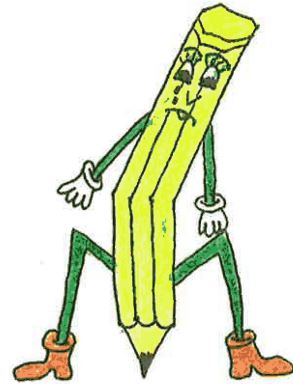
Se ponía a pensar en las cosas que iba a encontrarse cuando por fin la caja se abriese, y le entraba ganas de cantar, bailar y saltar.

Pero claro, detrás del baile, el salto y el cante venía la bronca.



– ¡Estás loco! ¡Para quieto! ¡Que nos descolocas! – gritaban sus compañeros muy enfadados.

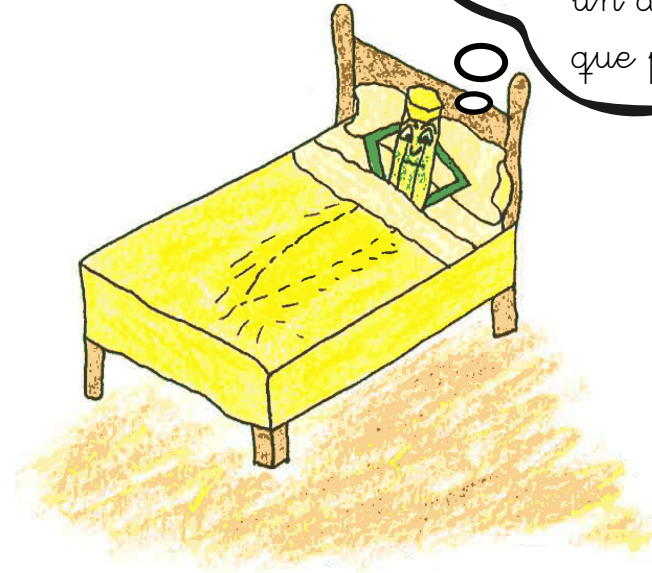
Sus gritos hacían que las paredes de la caja temblasen y entonces Verdecillo se ponía muy triste.



Los días pasaban y nadie abría la caja y Verdecillo cada vez se ponía más nervioso. Claro que, sus compañeros cada vez le reñían más.

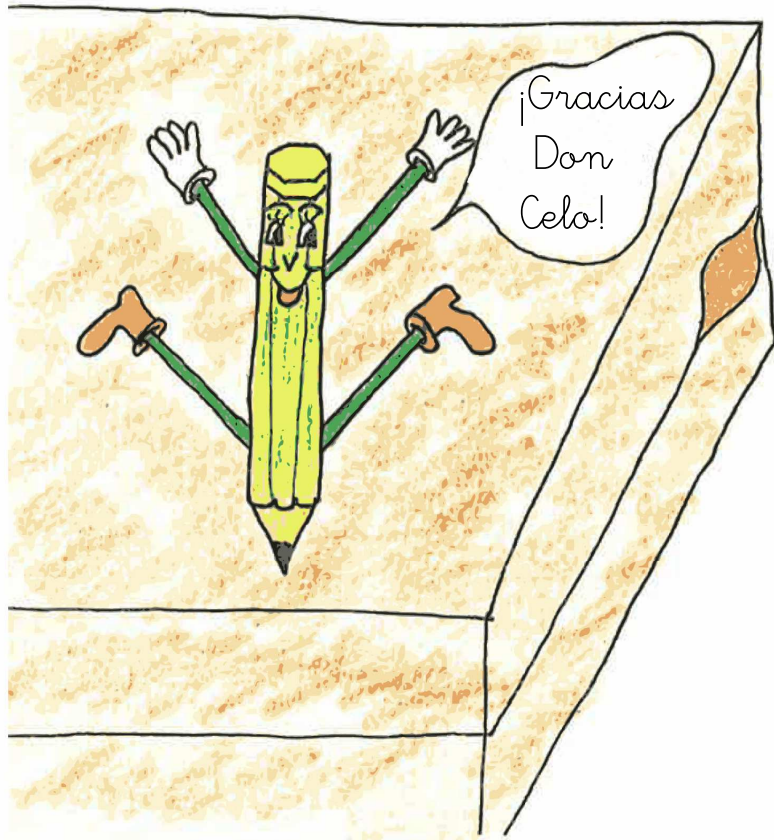
Verdecillo se quedó toda una noche sin dormir, pensando en la manera de poder descubrir lo que había fuera de la caja de madera.

¡Sí! Le pediré a Don Celo que se despegue un poquito del borde de la caja y me abra un agujerito por el que poder salir.



Dicho y hecho. Por la mañana, muy temprano, Verdecillo saltó de la cama y, antes de desayunar, se acercó a la esquina de la caja y habló con Don Celo.

Muy amable, Don Celo se despegó un poquitín y dejó el suficiente espacio para que Verdecillo pudiera salir de la caja de madera... y Verdecillo salió. ¡Qué feliz era Verdecillo! Saltaba y saltaba y no miraba a su alrededor.



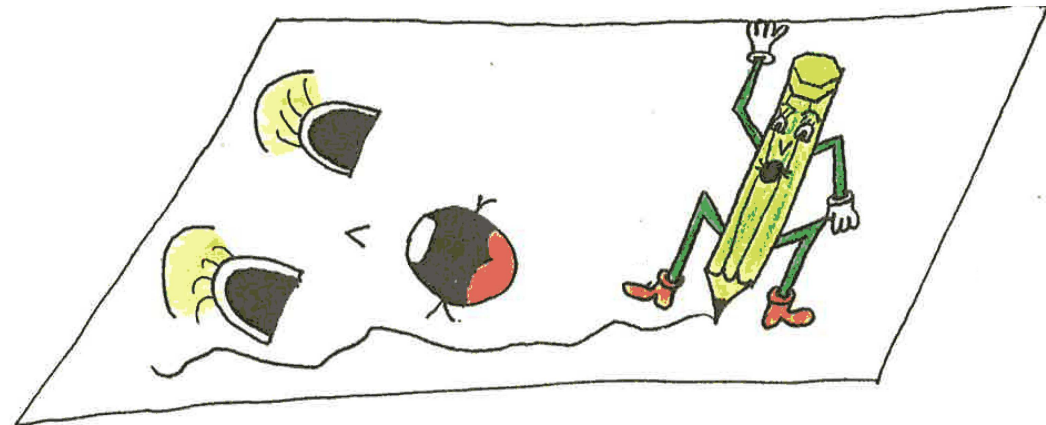
¿Dónde está ahora Verdecillo?

Abrió sus grandes ojos y se puso a mirar. Montones de libros apilados en una estantería, en otra cuadernos, otra con bolígrafos, pinturas, témperas...

Verdecillo estaba en una librería.

¡Sí!, esa tienda donde venden material para la escuela.

¡Qué contento estaba Verdecillo! Seguro que algún niño entraba y lo compraba para dibujar. Pero de repente... ¡Aaah!



– ¡Qué es eso! ¡Quién ha gritado? –
gritó asustado Verdecillo.

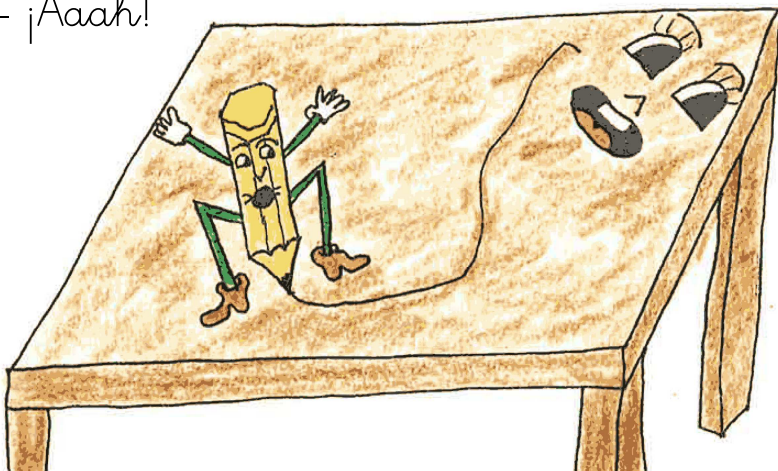
– ¡No me pintes! ¡No me manches! –
respondió un folio que estaba sobre
el mostrador de la librería.

– Perdona, no era mi intención –
se disculpó nuestro amigo.

– Ahora nadie me comprará, estoy
sucio.

Verdecillo salió corriendo muy
asustado y de nuevo se oyó...

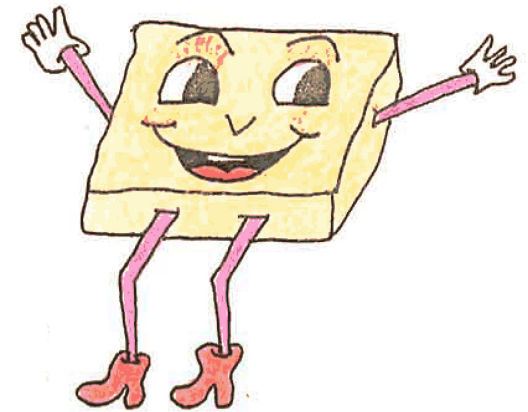
– ¡Aaah!



Era la mesa la que ahora gritaba,
porque Verdecillo la había pintado.

Asustado, asustadísimo, empezó a
correr hasta llegar a su caja de
madera para no volver a salir
más. Pero, un día, alguien llamó a
su puerta...

Era Gomita, la
goma mágica
que había
borrado todo
lo que
Verdecillo
había pintado.



Le dijo a Verdecillo que cuando
quisiera salir a pasear, ella iría
detrás de él, borrando todo lo que
pintase.

Desde ese momento, Gomita y Verdecillo fueron amigos inseparables. Y todos los niños que compran un lápiz siempre tienen una goma.

Y colorín, colorado, este cuento se ha terminado.

